

chada con grandes crímenes. La misma idea se encuentra en los escritos de Plinio, el célebre historiador de la naturaleza, que es después de Lucrecio el que más abiertamente puede considerarse como ateo: Plinio sólo admite como hipótesis la existencia de un Dios, del cual se compadece, porque dice, «que entre todos sus inconvenientes tendría el de no poderse dar la muerte; facultad, añade, que en los males de la vida es el mayor beneficio que ha recibido el hombre (1).» No puede encontrarse en verdad pasaje que mejor demuestre el estado de corrupción de aquella época y los impotentes esfuerzos de una filosofía que se apoyaba en tan pobre argumento para negar la existencia de la Divinidad, considerando como una imperfección la eternidad del Sér absoluto.

Hemos demostrado la decadencia del politeísmo. El error se refugiaba en sus últimas trincheras, y mal cubierto con una túnica de asquerosos harapos, pretendía impotente manchar con su aliento los destellos sublimes, las doctrinas regeneradoras, los principios luminosos que brotaron del Calvario, y que los Apóstoles, los Apologistas y los Santos Padres difundían inspirados en el manantial fecundo de toda inspiración para bien y consuelo de la estirpe humana.

Aquellos filósofos, aquellos oradores que habían llegado al mayor grado de la corrupción y las locuras de la vanidad, se hallaron frente á frente de los atletas de Cristo, y ante su vista temblaron de pavor: sus labios articularon frases huecas, y en el delirio de la calentura y de la rabia, nos dieron á conocer para siempre el abismo de un alma ciega, de un alma que no reconoce á su Autor.

(1) ¿Y de quién?

Escuelas que predicaban virtudes imposibles, una filosofía que enseña á morir despreciando la vida, y otra que enseña á vivir despreciando la muerte; dioses en todas partes, y á Dios nunca en el corazón, ¡espectáculo triste y desconsolador! La incredulidad, la corrupción de los hombres de letras, no debía tardar mucho tiempo en trasmitirse al pueblo, y así vemos que en vez de las prácticas religiosas, se dedicaron todos á hacer la apoteosis de los emperadores. Los delatores acusaban á Trarcas por no haber inmolado víctimas por la salud de Neron y por su voz celestial; Domiciano hacia que le diesen el dictado de dios en sus decretos y en sus cartas, y cuando murió Germánico, las ciudades municipales de Italia, deseando manifestar el dolor y luto público, rompieron y arrojaron á la calle las estatuas que representaban los dioses del gentilismo; hasta tal punto había decaído y degenerado el politeísmo, que á sí mismo se destruía y aniquilaba.

A la vez que la religión pagana descendía por completo, crecía la superstición apoyada en los desvarios de la magia y de la astrología. En la historia de los Césares se encuentran muchos preságios, predicciones astrológicas, sucesos maravillosos, y Tácito refiere seriamente los milagros de Vespasiano. Creíase obtener el favor de la divinidad ofreciéndola oro y riquezas, ó desarmarla con algunas prácticas vanas, de modo que el culto romano, destruido en todo lo que tenía de elevado, no conservaba más que lo que tenía de corruptor, sustituyendo á los antiguos preceptos una notoria impiedad y una superstición ridícula.

De esta manera el mundo romano, víctima de sus vicios y de su corrupción, veía con indiferencia extinguirse todos los cultos del gentilismo y la invasión de las ideas orientales, la

comunicación mas fácil de los pueblos y el contraste ó confusión de sus creencias, hacia que se agitase por todas partes y esperase una gran revolución. Los hombres pensadores envejecían al paganismo en vez de rejuvenecerle, y no hacían mas que aumentar el caos de las opiniones, sin encontrar una creencia que pudiese reanimar los ánimos y unir entre sí las diferentes nacionalidades.

Tal era la situación de las cosas cuando apareció en todo su esplendor la idea cristiana, y aprovechándose de la paz del imperio, se difunde con una pasmosa rapidez, caminando providencialmente por las nuevas vías que la política romana habia abierto de un extremo á otro del mundo para el paso de sus legiones. No se dirige únicamente á la sociedad, sino al hombre moral, é inspirándole el amor á la virtud, la inocencia de las costumbres, la humanidad y la paciencia, se dá á conocer al mismo tiempo como culto y como creencia filosófica, verdadera y universal.

La reacción favorable al paganismo, y el deseo de conservar las antiguas divinidades, dieron motivo á las sangrientas persecuciones contra la Iglesia, de que ya hemos hablado; pero despues de las crueldades de Diocleciano, en tiempo de Galerio, empezó á suavizarse aquel rigor con que se persiguió el culto cristiano. Este emperador, despues de una grave enfermedad, publicó, tanto en su nombre como en el de Licinio y Constantino, un edicto bien conocido, admitiendo y tolerando el nuevo culto, en atención, se decia, «á que los cristianos persisten obstinadamente en sus doctrinas, y es de esperar conserven el debido respeto á las leyes y al gobierno establecido.» En tiempo de Maximino volvió sin embargo á restringirse la libertad que primeramente se les habia concedido, y fueron

horriblemente mutilados muchos, á pesar de que se prohibia darles la muerte.

Constantino era el emperador destinado á dar definitivamente la paz á la Iglesia. En su juventud habia rendido tambien culto á las divinidades paganas, así es que en el año 308, despues de su victoria sobre los francos, dió gracias á Apolo haciéndole magnificas ofrendas. Eusebio refiere que á su salida con dirección á Italia se puso á deliberar acerca del dios que escogeria, prueba ostensible de que no satisfacian su espíritu las vanidades gentílicas (1). Al partir para esta expedición, tuvo lugar un prodigio de que fueron testigos, no solo el emperador, sino todo el ejército, apareciendo en el espacio una cruz y escritas en ella con letras de fuego estas palabras: *In hoc signo vinces*; enseña que desde entonces adornó el lábaro imperial, sustituyéndola á las imágenes de los dioses que se hallaban en los estandartes del ejército y precedían las legiones del imperio.

Despues de este milagro buscó Constantino doctores cristianos que le instruyesen en la verdadera religion, y alentado principalmente por el ejemplo de Helena su madre, dió definitivamente la paz á la Iglesia, concediéndola primeramente una libertad igual á la del antiguo culto, dictando mas tarde leyes favorables á los cristianos, acordando la traslación de la silla imperial á Bizancio, colmando de riquezas á los templos, comenzando á constituir á la Iglesia, como institución ligada con la vida civil de los pueblos, y concluyendo definitivamente por adoptar el Cristianismo como religion del Estado. Tan grandes mercedes y beneficios han hecho, que se haya dado con razon

(1) *Vita Constantini*, cap. VIII.

á este príncipe el dictado de *Grande*, no obstante que somos los primeros en confesar que bajo el punto de vista político es acreedor á algunas de las censuras que contra él se han lanzado.

La Iglesia, desde este momento, sale de las catacumbas para asombrar al mundo con el esplendor y la magnificencia de un culto sublime; se levantan basílicas inmensas, donde los hombres se reúnen como hermanos, donde se respira un aroma purísimo y embriagador, donde el espíritu vive, se dilata, se engrandece, hasta olvidarse de la carne, donde se llora dulcemente y se suspira de amor, donde la humanidad, en fin, despojada de toda culpa, de toda mancha, no reza, sino que canta á su Dios... De aquí parte el gran período que en la HISTORIA DE LA ELOCUCIÓN CRISTIANA nos toca examinar: desde este momento no es una tribuna, ni una cátedra el sitio del orador, es un trono rodeado de las más grandes maravillas: todo auxilia al sacerdote, todo contribuye á darle mayor prestigio y autoridad; la música suspende sus armonías, el templo se oscurece, la plegaria se termina, todo queda en silencio, y hasta el humo del incienso que llena el espacio, ocultándole á las miradas del auditorio, añade á la sublimidad de sus palabras la magia y el atractivo del misterio; nuestro pensamiento no concibe para un hombre situación más envidiable; ¿cómo hay tantos que se atrevan á profanarla!

La voz de los Santos Padres tronó con inusitados ecos, ya derribando y aniquilando cuanto se oponía al logro de la salvadora idea que la animaba, ya derramando en el pecho del incrédulo el bálsamo de la fé, ora aumentando la fortaleza de los verdaderos confesores, ora, en fin, despertando en el

alma de los flacos el noble entusiasmo de los mártires. «Era este el momento en que debía aparecer entre las gentes el genio de la elocución cristiana, y mostróse esta tan sencilla, grave y patética, como enérgica, imponente y sublime. El despotismo impuesto al mundo por los Césares había dado muerte á la tribuna; la libertad moral del género humano, proclamada por los Apóstoles y los Padres, daba, pues, vida á la elocución religiosa; aquella había sido arma quebradiza de la independencia política de Roma; esta se levantaba para romper el yugo de todas las naciones y transmitirse triunfante á las edades más remotas (1).»

Los Santos Padres ocuparon el púlpito atrayendo, no solo la atención, sino el corazón y la voluntad de los hombres; intachables por su conducta, tenían grandes títulos á la estimación general; casi todos reunieron á estos méritos un genio elevado y vastos conocimientos. Formados para la elocución con estudios profundos y ejercicios asiduos, obtuvieron éxitos asombrosos y merecidos aplausos de los sabios, antes de serles confiada en la Iglesia el ministerio de la palabra santa; eran, pues, á juicio de los mismos paganos, los más grandes hombres de su tiempo. Sus voces elocuentes produjeron los más admirables acentos, resonando en todas las ciudades más importantes del imperio; los nombres de Milán, de Hipponia, de Alejandría y Constantinopla se engrandecen en nuestra imaginación por el glorioso recuerdo de los Ambrosios, de los Agustinos, de los Gregorios, de los Cirilos, de los Atanasios y los Crisóstomos.

Los talentos de estos grandes doctores no se desplegaron solamente en los discursos de la cátedra, sino también en los

(1) Señor Amador de los Ríos; obra citada.

tratados morales presentados á los fieles, en las apologías contra los paganos, y sobre todo, en gran número de libros de controversia dirigidos contra los hereges, siendo digno de llamar nuestra atención, que en el momento en que la Iglesia se vió libre de las persecuciones y el martirio, experimentó el grandísimo dolor de ver desgarrado su seno por sus propios hijos. Los nuevos enemigos de la verdad, eran mas formidables aun que los Domicianos y los Neronés. ¿Qué guerra tan cruel no ocasionaron Arrio y sus secuaces? ¿Cuánto no sufrió de los emperadores mismos, frecuentemente engañados por los obispos mundanos y cortesanos que estaban adheridos al error? ¿No vió renovarse las mas furiosas persecuciones contra aquellos de sus hijos que permanecían fieles, y sobre todo, contra los santos sacerdotes y los santos obispos que la defendían con infatigable valor? Pero estaba en sus destinos el combatir constantemente para triunfar siempre. Mostraron en esta lucha los Santos Padres, la grandeza de su genio y la elevación de sus virtudes. Persiguiendo al error en medio de todas las sutilezas con que procuraba envolverse, desenmascararon su mala fé y refutaron todos sus sofismas. Sus escritos de controversia no fueron solo de gran interés para la época en que se escribieron, sino que convienen á todos los tiempos, establecen grandes principios, sobre los cuales descansan los fundamentos de la Iglesia; proveen de armas poderosas, con las cuales se puede combatir á los novadores de todos siglos. Por otra parte, la actitud firme de estos vigorosos atletas ofrecerá siempre á la posteridad un gran espectáculo. Hacen frente al mismo tiempo á multitud de enemigos conjurados contra la verdad. En vano se emplea contra ellos la fuerza material; ni la espoliación, ni las cadenas, ni el destierro, nada puede ahogar sus voces

animosas; por el contrario, su poderoso talento les comunica mayores recursos en la misma persecución y los infortunios en que se ven sumergidos. El interés que inspiran estos ilustres doctores, estos intrépidos defensores de la fé, nos conduce naturalmente á entrar de lleno en el examen de su vida y los trabajos que por la índole de nuestro libro nos corresponde examinar.

#### PADRES DE LA IGLESIA GRIEGA.

##### San Atanasio.

No habiendo conservado la tradición ninguno de los discursos de este varón insigne, de este defensor infatigable de la verdad, forzoso ha sido á cuantos han ensalzado el mérito de su elocuencia graduarla por sus escritos, ó lo que es mas acertado, estimarla por sus brillantes resultados en favor de la pureza del dogma y la corrección de las costumbres.

Una lucha tenaz, encarnizada, agitó los días de Atanasio desde que, sucediendo á su maestro, fué elevado á la silla de Alejandría, su patria. La vez primera que se dió á conocer fué en el concilio de Nicea; y Arrio, á quien combatió entonces con gran empeño, no supo perdonarle jamás el éxito de su palabra sobre su doctrina y el destierro á que por su causa fué condenado.

Pocos defensores del catolicismo, en el periodo en que se distinguió San Atanasio, igualarle pueden en constancia, en heroísmo y abnegación: su vida es una serie no interrumpida de combates: el cielo le protege visiblemente en todos ellos, y